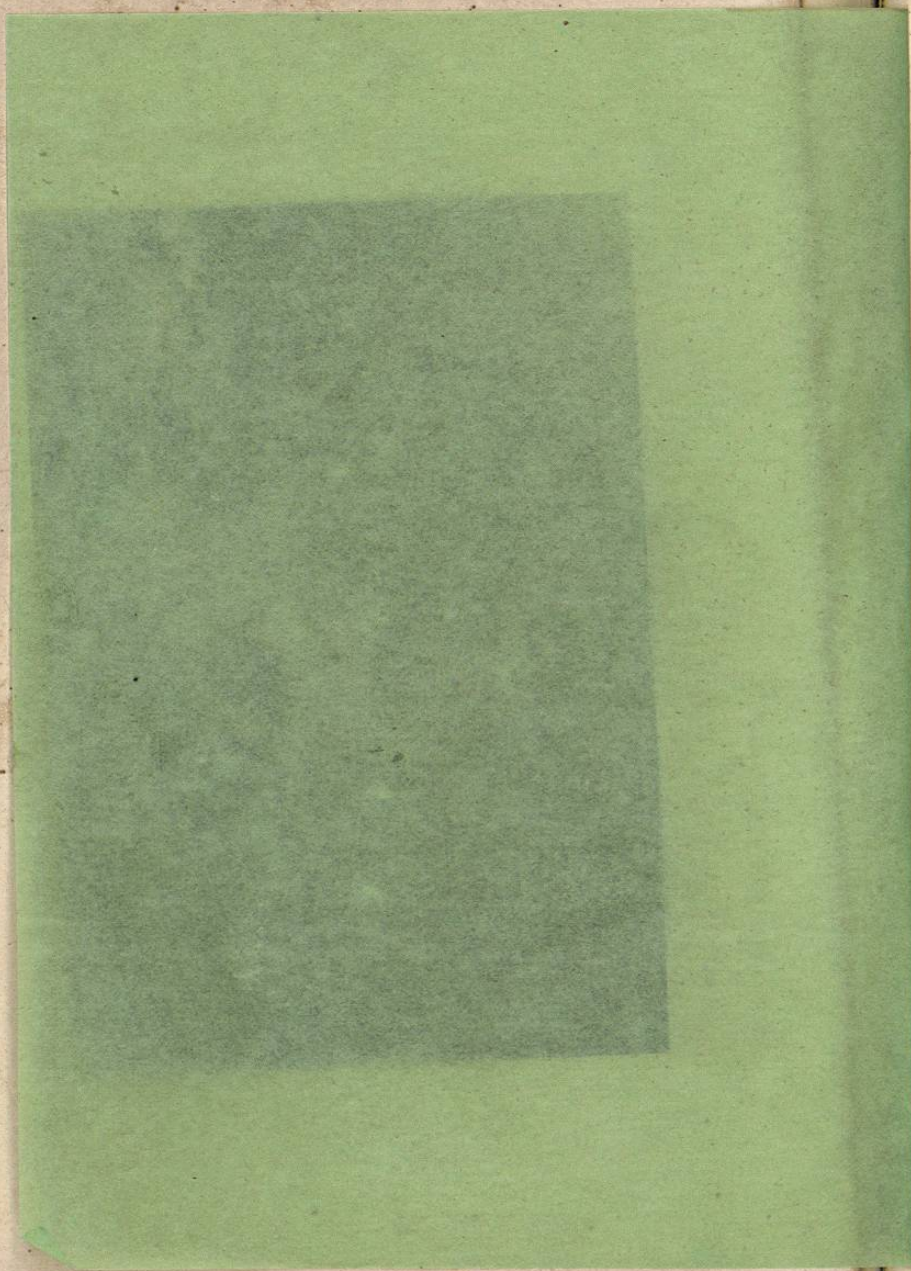


EL HURACAN.

En la mañana de aquel día el viento
se levantó con fuerza y se puso a
blow en el mar que se abrió en
ondas que pasaban a gran distancia
del continente de América hacia las costas de
China. En la isla hermosa y solitaria
en calma: el sol bajaba al Occidente y las
aguas tranquilas y de un color azul
oscuro, tenían una superficie tan lisa como espejo.
Complacido el capitán con semejante
escena, a la que daban nuevo resaca
los vapores marinos, que volaban sobre las
aguas, las pesadas gaviotas, las fragatas de
cuello azul, las golondrinas azules y
las aves marinas.

En esta mañana el joven, absorto con
el viento y las bocanadas de agua, cuando repentinamente
se levantó el rumbo del mar un
viento que se levantó, como el que darían



EL HURACAN.

EN la república de Chile, por el año de mil ochocientos veinte y dos, caminaba á caballo un jóven por la playa del Océano, divirtiéndose con la magnificencia del espectáculo que presenta aquel inmenso mar, que al poniente se estiende hasta las costas de China. Era la tarde hermosa, y todo estaba en calma: el Sol bajaba al Occidente, y las aguas tranquilas y de un bello azul, presentaban una superficie tan vasta como sosegada. Complaciase el caballero con semejante escena, á la que daban nuevo realce mil pájaros marinos, que volaban sobre las aguas; las pesadas gaviotas, las fragatas de grandes alas, las golondrinas acuáticas y las atrevidas procelarias.

Estasiado caminaba el jóven, absorto con tantos y tan hermosos objetos, cuando repentinamente oyó hácia el rumbo del mar un estruendo prolongado, como el que darian

muchas baterías de cañones disparados á un tiempo. Toda la playa se conmovió al estruendo terrible, que se repitió en las cordilleras de los Andes chilenos, cuyas basas se estremecieron, así como toda la costa y las islas vecinas. El mar, entre tanto, bramó, y su bramido, mas fuerte y mas espantoso que nunca, se oyó á muchas leguas en los poblados, y sobrecogió al caballero, que se quedó pálido y sin fuerzas. Entónces observó que el mar se retiraba precipitadamente de la playa, y se retiró tanto, que pudo verse el fondo oscuro y profundo del abismo, sus arenas y peñascos.

Grato y sublime espectáculo hubiera sido pararse á contemplar aquella escena, si hubiera en el mundo una alma tan fuerte, que tuviera valor para observar desde la orilla la profundidad de los senos del mar en que se apoyan sus aguas; pero sea por reflexión del peligro, ó por instinto de la propia conservacion, lo cierto es, que el hombre, sin entereza para aguardar la vuelta de las olas, que debian retroceder, volvió la espalda al mar, y trató de salvarse á todo escape, corriendo á rienda suelta. El grande Océano, que habia estado como suspendido, no pudiendo conservar aquel estado violento, se revolvió contra la costa, con tal ímpetu, que no solo llegó á sus orillas, sino que se pre-

cipitó sobre la tierra, y penetró hasta una arboleda que distaba como doscientas varas de la playa. En tan terrible acometida, llevóse algunos buques, y los estrelló contra los árboles; pero como estaban las aguas fuera de su centro, tornaron otra vez, con igual violencia y estruendo, á buscar su antiguo fondo. A no haber corrido el caballo con tanta precipitacion, lo hubieran alcanzado las olas, y hubiera perecido sin remedio con su dueño; pero ámbos se salvaron, poniéndose fuera del alcance de aquellas.

Largo rato estuvo contemplando el jóven, desde una altura, el movimiento inmenso que agitaba el mar, y al fin se resolvió á retirarse á un pueblo vecino. Caminaba pensativo, recordando el peligro pasado, cuando observó, que agolpadas grandes nubes sobre su cabeza, se aprocsimaba una gran tempestad. Así fué en efecto, pues segun refieren los periódicos de Chile, la irrupcion del mar fué seguida de aguaceros enormes y de un huracan espantoso. El caminante, huyendo de la tormenta, buscaba una choza ú otro asilo en qué guarecerse, porque el agua caia á torrentes, los truenos y relámpagos se sucedian sin intermision, y retumbaban horriblemente los montes cercanos.

No eran estos los únicos riesgos que le amenazaban: el huracan era tan violento, que arrancaba los árboles de raiz, arruinaba las

chozas de la pobre gente del campo, y bramaba con tanta fuerza entre los bosques, que parecia ser aquel dia el último del mundo. Hubieran perecido ciertamente el hombre y el caballo, á no ser porque se encontró á poco andar con una cueva, en donde logró guarecerse. Seguia la lluvia, seguian los relámpagos, y menudeaban los rayos. En la misma cueva se refugiaron varios pasajeros, que venian huyendo de la tormenta. En frente, y no léjos de la cueva, pasaba un torrente, que con la abundancia de los aguaceros se habia hinchado, y salió de madre, arrasó los campos y las mieses, y arrebató hombres y ganados. De las personas arrastradas por la corriente, unas murieron ahogadas, y dos se salvaron, no tanto por sus esfuerzos, cuanto porque las olas los arrojaron á la orilla. Los refugiados en la cueva salieron en su auxilio, y les prestaron los socorros que pudieron. Las dos personas que lograron esta fortuna, eran un hombre y una muger jóven y bastante hermosa, aldeanos ámbos de un lugar vecino.

Albergados en la gruta, refirió el hombre la tragedia que acaba de experimentar, diciendo: "Yo y esta muchacha desde niños nos hemos profesado el amor mas puro y sencillo. Esta (señalando á la muchacha) á pesar de la repugnancia de sus padres, me distinguí entre todos los conocidos de la familia, y yo

por mi parte le correspondí su cariño. Así pasamos años enteros, sin lograr casarnos, como lo habiamos deseado, hasta que al fin, con la muerte de los padres de ésta, tuvimos la felicidad de disponer el matrimonio, que se verificó esta mañana en la inmediata parroquia. Volviamos ya para nuestro pueblo, cuando sentimos un gran terremoto, al que sucedió esa gran tormenta de lluvial, truenos y rayos; pero lo que mas agravó nuestra situacion, fué el huracán.

"En medio de una llanura nos sobrecogió el viento: soplabá éste con tal ímpetu, que nuestros caballos ya cedian á la fatiga; bramaba como el mar embravecido; los animales huian á los bosques cercanos; los montes crugian, y se desgajaban los árboles: yo ví algunas palmas arrancadas de cuajo de la tierra, en medio de un inmenso remolino. En tan horrible situacion, aceleramos el paso cuanto pudimos, para llegar á un lugar seguro; pero nos encontramos con este rio, que iba muy crecido; tratamos de vadearlo; mas como va tan precipitado, sus olas nos envolvieron, así como á nuestros caballos, los que ya están muertos, y en cuánto á nosotros, ya se sabe lo que nos ha sucedido."

Aquí acabó su historia el buen aldeano, y los concurrentes compadecidos, les prodigaron los consuelos que ecsige el infor-

tunio, y dieron gracias á la Providencia, porque despues de tantos peligros, se sirvió salvar á todos los que se hallaban presentes. La relacion completa de las catástrofes que ocasionaron el terremoto y el huracan, se halla en los periódicos chilenos de aquella época.

C.



Á

LA TRISTELA.

CANCION.

I.

Eterna compañera
Del que llorando mísero
De la fortuna fiera
La saña pertinaz,
En brazos de la muerte
Solo halla el dulce bálsamo
Que por sus venas vierte
Consoladora paz;

II.

Revuelta tu melena,
Que ronco agita el ábrego,
De horror y espanto llena,
Negra tristeza, ven:
Ven, que sentir anhelo
Esos tus labios cárdenos,
Cual témpanos de hielo
Sobre mi ardiente sien.

A LA TRISTEZA.

III.

Ven, sí, que no me asusta
De tu semblante pálido
La amarillez adusta,
Ni la honda contraccion;
Ven á enjugar piadosa
De mis hinchados párpados
El llanto en que rebosa
Mi herido corazon . . .

IV.

Mis ojos, que ya ofuscan
Un mar de acerbas lágrimas,
Con terco afán te buscan,
Cansados de llorar . . .

Tú tienes un encanto,
Que triste adora mi ánima;
Tú puedes ¡ay! mi llanto
Benéfica enjugar . . .

V.

Los ayes de amargura
Que en la alta noche lóbrega
La ronca voz murmura
Del bárbaro aquilon,

Los ayès son que lanza
Mi acongojado espíritu,
Que ya infeliz no alcanza
Consuelo á su aficcion.

VI.

Mas tú, tristeza amiga,
Posees el dulcísimo
Beleño, que mitiga
Mis amarguras; ven.

Que por sentir anhelo
Esos tus lábios cárdenos,
Cual témpanos de hielo
Sobre mi ardiente sien.

ALEJANDRO RIVERO.

UN MAESTRO,

6

LA FAMA.



I.

PAULO, hijo nativo de unos pobres labradores de los contornos de Nápoles, quedó huérfano á la edad de seis años, habiendo muerto sus padres, acometidos por la fiebre de la Solfatara. Fué recogido por un anciano Labrador, propietario de vastas praderas, que se extienden desde el pié del Vesuvio, hasta el confín del camino de Roma.

Sin pretender el buen arrendatario recompensa alguna por este beneficio, trató de dedicar á Paulo á alguna ocupacion por la que pudiera tener un medio de subsistir; mas nada escitaba la emulacion de éste, á pesar de ser de un natural dócil y comedido. Paulo no habia podido jamas sujetarse á trabajo alguno, hasta que vencido por los sábios consejos del anciano, hizo prueba de dedicarse á los ejercicios del campo; mas poco á poco, y sin que pudiera atribuirse á malicia ó pereza, su salud se fué alterando de una